

uno se sonroja de comprender, y que debe rehuir de explicar. Dejemos al mal aquel poco de horror que le queda.

De las obras de Safo da Fabricio un catálogo (1) y nos quedan dos odas y algunos fragmentos bastante conocidos. Nada dirémos del carácter y del mérito poético de Safo, no pudiendo hacer mas que repetir lo que dijeron en este punto los antiguos, Dionisio de Halicarnaso, Longino y Demetrio Faléreo.

De todo esto resulta, como ya he anunciado, que la condicion intelectual de las mujeres en la antigüedad no era tan enferma como alguno cree, y que sobre tal punto no tienen que gloriarse las modernas de su progreso tanto como imaginan. No serian, pues, fuera de propósito los consejos siguientes que Plutarco dirigia á las jóvenes esposas, con los cuales termino esta biografía, á modo de moralidad:

« Respecto á vestirse bien y hacer buena figura, tú, Eurídice, que has leído cuanto Timógenes escribió sobre el particular á Aristila, procura tenerlo presente. Pero, tú, Polieno, no te empeñes nunca en que tu mujer renuncie á las delicadezas de lo esquisito y suntuoso, mientras tú mismo no las miras con desprecio, y le haces ver encantado ricas vajillas de oro, pinturas en las estancias, mulas y caballos soberbiamente enjaezados. Es imposible desterrar el lujo del gineceo mientras reina entre los hombres.

« Entretanto, cuando ya estés aleccionada por el estudio de las ciencias, fundadas en la razon y en el método, atiende, oh Eurídice, á adornarte con el trato de las personas que en esto puedan serte útiles. Pero tú tambien, Polieno, reúnele á tu mujer de todas partes, como hacen las abejas, todo cuanto creas que puede serle provechoso, trayéndoselo tú mismo y con tus propias manos. Comunicaselo y divídelo con ella, haciéndole familiares los mejores libros y los discursos mejores que pudieras encontrar; ya que, como dice aquel de la Iliada: *Tú eres su padre, su madre y su hermano*. Nada seria mas honroso que oír á una mujer decir á su marido: — Amigo mío, tú eres mi maestro, tú mi preceptor en la filosofia y en las ciencias. — Y estas ciencias al principio retraen y preservan á las mujeres de otros entretenimientos indignos de ellas; despues, aquella que se hubiere prendado de los bellos discursos de Platon y de Jenofonte, no caerá jamas en los encantos de los magos, y si encontrare alguna hechicera que le prometiere sacar del cielo la luna, se befará de la ignorancia y bestialidad de las mujerzuelas que se dejan alu-

(1) *Biblioth. græca*, t. II.

cinar por tales medios, teniendo ella nociones de astronomía. No ha habido mujer que engendrarse sin cooperacion de hombre; pero se encuentran muchas que producen monstruosas é informes moles de carne. Cuidese de que no suceda otro tanto en el alma y en el entendimiento de las mujeres; porque si de fuera no reciben la semilla de los buenos propósitos, si sus maridos no les comunican alguna sana doctrina, por sí concebirán y engendrarán pensamientos monstruosos, pasiones extravagantes.

« Así, pues, oh Eurídice, aplica tu espíritu á las máximas de los sabios, y no ceses de tener en los labios las buenas palabras que poco há niña oíste y aprendiste de nosotros, para regocijar á tu marido, y para que las demas mujeres se vean precisadas á alabarte y estimarte, viéndote tan bien adornada sin haber gastado en anillos ni en joyas. Ni tú acertarias á tener las perlas de aquella mujer tan rica ni los trajes de seda de aquella extranjería, sino los adornos de Teano y Cleobulina, de Górgona, mujer de Leónidas ó de Timoclea, hermana de Teagénes, ó de la antigua Claudia, Romana, ó de Cornelia, la hija de Escipion, ó de aquellas otras mujeres que la antigüedad celebró por su virtud. Estos adornos puedes tener tú sin que te cuesten, y embellecerte con ellos. Así vivirás afortunada y gloriosa á la vez; ya que, si Safo en el justo orgullo de su poético talento pudo escribir á una rica de su tiempo: « Cuando llegues á morir, yacerás sin que de ti quede memoria, porque no cogiste flores de los rosales que crecen sobre el Monte Pierio; oscura bajarás á la mansion infernal, y no esperes volver á aparecer en tu fausto de doncella, una vez que volares á confundirte con las sombras: » ¿cuánto mayor derecho no tienes tú á enorgullecerte y hallarte satisfecha de ti misma, pues que no solo de los cantos y de las flores participas, sino de los frutos que las Musas producen y que dan á aquellos que aman las letras y la filosofia (1)? »

Hemos tomado esto de G. MONGIN.

(1) PLUTARCO, *Conjug. præcep.*, 43, 44 y 45. — Puede verse G. CR. WOLF, *Sapphos poetrix lesbica fragmenta et elogia, cum virorum doctorum notis integris, gr. et lat.* Hamburgo, 1733. — *Poetiarum octo, Etinna, Myrus, Myrtidis, Corinna, Telesylla, Nossidis, Anyta, Elephantidis, fragmenta et elogia, gr. et lat.* Ibid., 1735. — *Mulierum græcarum que oratione prosa usæ sunt, fragmenta et elogia, gr. et lat.* Gotinga, 1739. Va unida una noticia de todas las mujeres ilustres de la antigüedad; pero no cumplió su propósito de dar la vida de las heroínas y de las reinas, con arreglo á las medallas y á los autores antiguos.

Publicóse despues en la *Revue des Deux Mondes*, junio de 1847, un bello estudio de Emilio Deschanel, *Sappho et les Lesbienues*.

NÚM. IV

CONFUCIO.

(551 — 479 ANTES DE CRISTO.)

Los grandes *Cuadros cronológicos* chinos colocaron el nacimiento de Cung-fu-seu (Confucio) en invierno, á la undécima luna del año vigésimosegundo del reinado de Ling-vang (rey entendido), en el reino feudal de Lu, hoy provincia del Chan-tung (oriente montuoso), 351 años ántes de nuestra era, y 54 despues de Lao-tseu. Los historiadores hacen remontar sus ascendientes hasta el emperador Wang-ti; varios de ellos tuvieron cargos importantes, y el padre de nuestro filósofo, llamado Chiu-liang-o, era gobernador (ta-fu) de la ciudad, ó arrabal de Tseu, gobierno de tercer orden, hoy Tseu-ien en la provincia de Chan-tung. Habia tenido de su mujer de primera jerarquía nueve hijas. Una mujer de segunda clase le parió un hijo desmedrado que de allí á poco murió. Muerta su primera mujer, quiso tomar otra para tener un heredero directo, y la buscó en la casa de Yen, el cabeza de la cual tenia tres hijas, y la mas jovencita consintió por obediencia en casarse con el viejo gobernador.

Realizado el matrimonio, pidió la esposa á su marido que la permitiese hacer un viaje á la colina de Ni-cheu, y habiéndose trasladado á ella, hizo su oracion al Chang-ti, supremo soberano, para obtener la fecundidad, y de allí á diez lunas dió á luz un hijo, al que puso por nombre Cheu (colina). Este niño prodigioso, anunciado como un don que el Cielo otorgaba á los hombres, tenia, se dice, sobre su cuerpo diversas señales que presagiaban lo que debia ser un dia, y lo que debia hacer en el curso de su vida en cumplimiento de sus altos destinos.

Acerca de la vida de Cung-fu-seu se han recogido las circunstancias mas minuciosas. El tierno sheu se distinguia de los demas niños por la sumision sin límites á la voluntad de su madre, que habia enviudado; por su respeto á los ancianos y deferencia á los que tenian mas edad que él; por una gravedad prematura, y por la atencion que ponía en no faltar á ninguna de las ceremonias celebradas en honor de los vivos y de los muertos. Era tan incli-

nado á prestar los honores que creía debidos, que su mayor diversion con los de su edad era saludarlos con todo el ceremonial que las personas mas graves observan entre sí, invitarlos á tomar asiento, cediendo respetuosamente el puesto principal; otras veces ponía sobre una mesa lo que tenia á mano, lo disponía en ella con orden como para hacer un sacrificio á sus antepasados; prosternábase luego dando con la frente en el suelo, y hacia las demas ceremonias correspondientes á semejante acto.

La madre del jóven sheu lo crió con muchos cuidados hasta los siete años; entónces pensó en un maestro, pero siendo viuda y jóven, creyó que los miramientos que su estado exigía no le permitian tomarle uno privado. Determinó, por tanto, mandarlo á la escuela pública, que entónces sostenía un sabio de primer orden, magistrado y gobernador del pueblo, que no consideraba como oficio inferior á sí mismo el de instruir y formar la juventud. Al mandar á su hijo á la escuela le dió el sobrenombre de Cung-ni, por otra alusion á la colina Ni, y á su grado de segundogénito.

El jóven se hizo pronto distinguir de todos sus compañeros de estudio por la modestia, la aplicacion, la dulzura, y sobre todo por sus progresos. El sabio maestro, movido por la conducta del discípulo y por sus precoces facultades, hizo de él en breve un pequeño doctor que lo secundaba en sus tareas, trasmitiendo á sus compañeros las lecciones que con tanta facilidad habia retenido. Así llegó á los diez y siete años. Estudiaba con constante asiduidad, y habiéndose familiarizado con los autores antiguos, imprimió en su corazon las profundas huellas de las virtudes civiles y morales que en ellos se veían practicadas. Solicitado por su madre á elegir un estado, aceptó un mandarinato subalterno que le daba inspeccion sobre la venta y distribucion de los granos.

Cung-fu-seu (pues que al entrar en los oficios públicos se hizo llamar por su nombre de familia, que era Cung), no obstante que de ilustre

estirpe, léjos de creerse humillado ó deshonrado con tan modesto empleo, lo consideró como un medio para servir al príncipe y á la patria. Era costumbre en el reino de Lu, como en la mayor parte de los reinos feudales en que estaba dividido el imperio, que las personas colocadas en un puesto confiasen á sus inferiores, ó á mercenarios, las funciones menudas de lo que dependía de su jurisdicción. El jóven mandarin, considerando esta costumbre como un abuso, quiso verlo todo, oirlo todo y hacerlo todo por sí mismo. Al rayar la aurora era el primero en trasladarse á los sitios en que se hacían las ventas y las compras; examinaba con escrupulosa atención todo cuanto debía tener curso en punto á provisiones de boca, principalmente los granos, no olvidando nada para proporcionarse los conocimientos relativos á este punto. Hombres expertos y desinteresados le ayudaban á distinguir los diversos grados de bondad de cada especie de semillas, y á establecerles un precio, que sin perjuicio del vendedor fuese en provecho de quien se proveía de ellas; desechaba sin compasión, y sin miramiento á nadie, todo lo que le parecía deber dañar á la salud del ciudadano. Por medio de tal conducta, constantemente sostenida, substituyó en breve el orden y la buena fe á los abusos que ántes de él reinaban en aquella parte de la administración, y desarraigó enteramente los monopolios y los fraudes.

Cumplidas sus obligaciones, leía el jóven mandarin libros económicos. Si alguna vez salía de casa, era, ó para ir á instruirse junto á los agricultores de los contornos de la ciudad, ó para visitar los almacenes en que se entrojaban el arroz, el trigo y demas granos. Interrogaba á los primeros sobre la naturaleza del terreno que cultivaban, sobre los abonos mas á propósito, sobre las producciones que mas particularmente se daban allí, y sobre multitud de otros objetos no menos importantes, que no le habrían enseñado sus libros. Interrogaba en los otros acerca de las precauciones para impedir que fermentasen los granos, para preservarlos de la humedad, para garantizarlos de los insectos, y mantenerlos hasta el tiempo de su despacho en un estado de bondad siempre igual. Informábase de las mermas que sufrían en ciertas épocas, del precio de primera adquisición, del de la venta, de la pérdida y ganancia y de las causas particulares que podían contribuir á ellas.

Á los diez y nueve años lo indujo su madre á tomar mujer. Casóse, pues, con Chi-coanchi, de antigua familia originaria del pequeño reino de Suang; y al año tuvo un hijo á quien puso por nombre Pe-yu. El rey de Lu, informado del nacimiento de aquel niño, quiso tomar parte en el regocijo de una familia que distinguía; por lo cual mandó un oficial á que presentase al padre sus congratulaciones, y le llevase un pescado apreciadísimo en el país,

diciéndole que era para contribuir al servicio de una mesa á la cual iría á sentarse en el banquete de uso, luego que el recién nacido hubiese cumplido un mes. Fué recibido el presente con los sentimientos de gratitud que requería, y á fin de perpetuar su recuerdo en la familia, añadió el padre al nombre de su hijo el de Li, que era el del pez que le habían enviado.

Los magistrados superiores, admirando la conducta del jóven mandarin, le propusieron al gobierno para la reforma de los abusos introducidos en los campos; sobre todo, en lo concerniente á ganado mayor y menor, y el ministro le confirió la comisión de inspector general de las tierras y de la ganadería, con amplios poderes para derogar ó establecer aquellos usos que estimase conducentes á la común utilidad. Tenía Cun-seu veintiun años cuando fué investido de este cargo, y lo desempeñó con toda la inteligencia y el buen éxito que de él podía esperarse. Donde quiera que se detenía quería ver á los propietarios de los terrenos y discurrir con ellos: les insinuaba los grandes principios de que depende la felicidad del hombre en sociedad; interrogábalos despues acerca de la naturaleza y propiedades del terreno de que eran poseedores, la cantidad y calidad de los años productos; de si un cultivo esmerado no se los daría mayores ó mejores; si no sacarían con mas facilidad y abundancia cosechas diferentes de las acostumbradas, y otras cosas semejantes, acerca de las cuales, recibidas las oportunas aclaraciones, daba sus órdenes y tomaba las providencias necesarias para hacerlas ejecutar.

Cuando se le presentaban los campesinos en un estado que denotaba penuria ó miseria, quería saber la verdadera causa de estas; y si era involuntaria, la compadecía, y procurando darles ánimo, les dejaba socorros suficientes; si por el contrario dependía de ellos aquel estado, les hacía amonestaciones que muchas veces los inducían á cambiar de conducta. Luego les aconsejaba lo que debían hacer, y los despedía con algun donativo que disponía bien sus ánimos. Mucho trabajo le costó obtener que se cultivasen aquellos terrenos que una preocupación de tiempo inmemorial hacía considerar como incultivable. No contento con exhortar, rogaba, solicitaba; unía á los ruegos las amenazas: no omitía nada, y se constituía en fiador de los empréstitos que algunos se veían precisados á tomar.

Atendió tambien á aquellos que mantenían ganados ó que tenían por única ocupación el apacentarlos: quiso persuadir á los ganaderos de que debían extender sus miras mas allá de la ganancia diaria de que parecían únicamente ocuparse; convencerlos de que su mas real y sólido interés consistía en las ventajas que proporcionaban al público; que tales ventajas serían mayores ó menores, y por consiguiente mas ó menos considerable en totalidad

su ganancia particular, en proporción del cuidado que se tomasen en mantener, mejorar y multiplicar sus ganados. Los afanes que se tomó, su paciencia á toda prueba y su inalterable dulzura le aseguraron el mas feliz éxito.

En los cuatro años de esta penosa incumbencia se vió cambiar de aspecto la campiña y volverse fértil; aumentarse, mejor manejada, la ganadería, y vivir los cultivadores en la paz y la abundancia.

Cuando solo tenía Cun-seu veinticuatro años ya se había señalado entre la multitud de los magistrados; y estaba para ser llamado á altas funciones, mas conformes á su mérito, cuando tuvo la desgracia de perder á su madre, apenas llegada á la edad de cuarenta. Entónces, como hoy día, á la muerte del padre y de la madre quedaba vedado todo oficio público á los hijos, conforme al uso que los antiguos habían consignado en el ceremonial de la nación, y que todavia no ha decaído. Cun-seu, rigidísimo observante de las antiguas costumbres, y que hubiera querido hacer revivir todas las de la veneranda antigüedad, tuvo por un deber el conformarse con este con toda la exactitud que empleaban los primeros sabios del imperio, y se encerró en casa para no ocuparse mas que de la pérdida dolorosa que le había alcanzado.

Observadas, pues, las ceremonias prescritas, hizo colocar el cuerpo de su madre junto al de su padre, diciendo que *los que han estado unidos en vida, no deben ser separados despues de la muerte*. Enterráronse, pues, el uno al lado del otro, el marido al Oriente y la mujer á Occidente, ambos con la cabeza hácia el Septentrion y los piés hácia el Mediodía; fueron precavidos de los animales carnívoros los cuerpos, cerrándolos en ataúdes, cuyas tablas, bien unidas y dadas de barniz á óleo, tenían cuatro pulgadas de espesor; y para sustraerlos por mas tiempo á la corrupción, se les colocó sobre andas en forma de montecillos.

Tal rito contrastó con el que á la sazón se observaba. Habíanse ido insensiblemente aboliendo los usos de la remota antigüedad, por lo cual apenas podía uno formar idea de ellos viendo los que se observaban entre las personas de la mas alta esfera. El pueblo y la clase média sepultaban los muertos en el primer terreno inculto que encontraban, en un rincón de sus propios campos, si los tenían; y despues del luto de unos cuantos dias, todo quedaba concluido. Este poco respeto hácia los muertos era uno de los efectos de la corrupción: se habían depravado tanto las costumbres, sobre todo desde que los príncipes feudatarios habían sacudido enteramente el yugo, que los hombres no se sonrojaban ya de nada, y se miraban con indiferencia los mas monstruosos abusos. El de dejar como en abandono los muertos, había prevalecido en el mayor número; el soberano no se cuidaba en lo mas mínimo de prescribirlo, y el gobierno parecía en cierto modo autorizarlo.

Cung-seu emprendió la reforma de estos abusos; procuró persuadir á aquellos con quienes tenía ocasión de hablar, de que siendo el hombre lo que hay mas precioso bajo el cielo, todo lo que lo componía era digno del mayor respeto; que siendo por naturaleza rey de la tierra, todo cuanto sobre la tierra existía estaba sujeto á sus leyes y le debía homenaje; y que era en cierto modo degradarlo y ponerlo al nivel de los brutos el no tener sino indiferencia por lo que de él queda despues que deja de animarlo el soplo de la vida. Habló de la obligación de tenerse los unos á los otros aquel amor iluminado y eficaz que, abarcando la especie en general, se extiende á cada uno de los individuos que la componen; pues que no hay uno que no esté comprendido en la larga cadena que á todos liga. Explicó cómo esta misma cadena ligaba á los que gozaban de vida con los que habían cesado de vivir: hizo comprender que los vivos eran deudores á todos los que les habían precedido de todo lo que eran en el orden civil, de cuanto sabían y de cuanto poseían; que el medio mas natural y sencillo de retribuirles era el de tributarles los honores y hacerles homenaje de cuanto tuviesen mas digno de serles ofrecido; que era oportuno fijarlos irrevocablemente por medio de ceremonias análogas á aquellas que estuvieron en uso desde los primeros tiempos de la monarquía. « No hay que dudar (decía el jóven filósofo) que los descendientes harán en la ocasión lo que hayan visto hacer á los que les han precedido. Los honores que tributéis á aquellos á quienes sucedisteis sobre la tierra, os serán restituidos por los que os sucedieren á vosotros. »

No tardaron en uniformarse con su conducta sus compatriotas, y por imitación de sus compatriotas, los de los varios reinos en que entónces se hallaba dividido el imperio, restablecieron los usos establecidos por los antiguos para honrar á los difuntos, y desde semejante renovación, los ha seguido la nación hace dos mil años, y los observa todavia.

Los tres años que Cung-seu se mantuvo en su casa para llorar á su madre, y guardar el luto, los consagró al estudio, agregando temple al alma ya fortificada en el amor de la sabiduría. El anhelo de instruirse á fondo en cuanto forma la base principal de los conocimientos, se reanimó en su corazón; afirmóse en lo que en su tierna edad había aprendido superficialmente, y aprendió, por decirlo así, otra vez, con toda la atención propia de la edad madura. Reflexionó profundamente sobre las leyes inmutables de la moral; remontóse hasta el origen de dónde proceden; convenciónse de la obligación que imponen á todos los hombres, y formó de aquí la meta de todas sus acciones; mas para llegar á ella con mayor seguridad, trató de descubrir en los King y en la historia las diversas vías que los antiguos sabios se habían ya abierto, para alcanzarla tambien ellos sin peligro.

A estos severos estudios agregó otros de utilidad mas general: se aplicó á perfeccionarse en todos los ejercicios del gimnasio, como se expresan los Chinos; en las seis artes liberales, que, segun ellos, deben ser el objeto de la erudicion pública, y que ningun funcionario debe ignorar. Los antiguos filósofos las enseñaban á sus discípulos, y con solo enseñar, creían satisfacer á lo que cada uno debe en particular á la sociedad. Por esto, con los títulos de *sabio*, de *filósofo*, de *maestro*, ú otro nombre análogo, no se daba á entender uno que no se ocupara sino en cosas abstractas y de pura especulacion, sino uno que, al estudio de la naturaleza y á la práctica del saber, unia conocimientos mas que comunes de la música, del ceremonial religioso y civil, de la aritmética, de la escritura, esto es, del arte de conocer, delinear y formar los caracteres; de la esgrima ó del modo de atacar y defenderse, segun la necesidad, y del arte, en fin, de guiar con seguridad y destreza un carro ó una carroza tirada por bueyes ó caballos.

Pasados los tres años de luto, fué *Cung-seu* á deponer este con toda ceremonia sobre el sepulcro de su madre, para volver á tomar los vestidos ordinarios. De vuelta á casa, procuró distraerse ensayando algunos aires en el *kim* (instrumento músico inventado por *Fo-hi*); pero no sacó mas que sonidos tristes y lastimeros. En vez de presentarse, como era costumbre, al soberano ó á sus ministros, para volver á entrar en los cargos públicos, quiso continuar estudiando los antiguos monumentos de la nacion. Su reputacion de ciencia y de discrecion, ya divulgada, le hacian buscar para pedirle su parecer sobre puntos de moral y de política, y se esforzaba por responder conforme de él se esperaba. Un príncipe que se habia hecho rey de *Yen* (provincia septentrional de la China), le mandó un oficial suyo para pedirle reglas de conducta, mediante las cuales le fuese posible y aun fácil gobernar bien á sus súbditos. *Cung-seu* se contentó con responderle de esta manera. « No conozco ni á vuestro señor ni á los que viven bajo su dominio; ¿qué cosa podria decir que fuese útil para él y para los suyos? Si hubiese querido saber de mí lo que en tal ó cual circunstancia hacian los antiguos soberanos, y cómo gobernaban el imperio, sería para mí un placer y un deber el satisfacerle; porque no tendria que hablar sino de aquello que sé. Referidle exactamente lo que habéis oído. »

Fué fielmente transmitida al rey de *Yen* la respuesta del filósofo: despues, al año siguiente, se trasladó *Cung-seu* cerca de él, y trabajó con éxito en la reforma de las leyes y de las costumbres. Cumplido su empeño de legislador, quiso volverse á sus hogares, y entonces fué cuando á las reiteradas instancias que se le hacian para que permaneciese junto al rey de *Yen*, respondió: « He hecho mi deber viniendo aquí; mi deber hago igualmente marchándome cuando puedo ser útil en otra parte. »

En esta visita al rey de *Yen* se convenció de una verdad importante: que es necesario viajar para juzgar sanamente de las costumbres de las naciones y de la índole particular de los pueblos; porque rarísima vez acaece que las relaciones ajenas no vayan tomadas de error, de ignorancia ó de preocupaciones. « Estoy convencido de esta verdad (decia), y no dejaré de poner en práctica lo que enseña, siempre y cuando venga la ocasion. » En efecto, desde aquel momento, habiendo entrado *Cung-seu* en los veintiocho años, no cesaba de ir filosofando por los diversos reñecillos de la China, á las córtes de los príncipes á quienes su gran reputacion tenia deseosos de poseerlo.

Habiendo oido que en el reino de *Chin* vivia un músico tan afamado que hacia creibles las maravillas armónicas de los antiguos, quiso verlo y juzgar por sí del grado de verdad que pudiera encontrarse en aquellas narraciones. Fué, pues, á buscar á dicho músico, llamado *Siang*, y se hizo admitir entre sus discípulos. El artista le habló de la música como del mas precioso don que hubiesen recibido del Cielo los hombres, pues que podia calmar el tumultuoso fluctuar de las pasiones, hacerles gustar placeres inocentes y tranquilos, y elevarlos en cierto modo sobre sí propios; recordóle el principio fundamental sobre que reposan todas las reglas que la constituyen, y despues de una breve exposicion de las mas esenciales de ellas, puso las manos sobre su *kin* y le hizo comprender la aplicacion de las mismas reglas en una pieza compuesta en otro tiempo por el sabio *Ven-vang*. Á cada sonido que él sacaba de su instrumento, redoblaba *Cung-seu* la atencion; se hubiera dicho que su alma entera queria pasar al *kin*: estaba tan profundamente ocupado en lo que oía que parecia hallarse en una especie de éxtasis; y largo tiempo despues de haber cesado el músico de tocar parecia continuar empleado en escucharlo.

« Basta para primera leccion (le dijo *Siang*); ejercitáos. » Pasados algunos dias sin que el filósofo pidiese nuevas explicaciones al maestro, este juzgó deberle continuar la misma leccion. Por espacio de diez dias no repitió en su presencia mas que la pieza de *Ven-vang*, y su dócil discípulo atendió en todo aquel tiempo á aquella misma pieza siempre con igual aplicacion. *Siang* se la hizo repetir delante de sus otros discípulos, y pareció contentísimo de la manera con que la ejecutó. « Vuestra ejecucion (le dijo) no se diferencia de la mia; ya es tiempo de que os ejercitéis en otro estilo. — Vuestro humilde discípulo *Chien* (le respondió *Cung-seu*) se atreve á rogaros que lo difiráis aun; busco la idea del compositor, y no he podido dar con ella todavía. — Bien (replicó *Siang*), os doy cinco dias para encontrarla. » Espirado este plazo, *Cung-seu* se presentó de por sí, y dijo al maestro: « Empiezo á ver como al traves de una nube; os pido otros cinco dias, despues de los cuales, si no he dado

en el blanco á que miro, me consideraré incapaz de lograrlo jamas, y no querré volver á ocuparme de la música. — Consiento en ello, » respondió *Siang* con un estupor que tenia mucho de admiracion.

Despertándose *Cung-seu* al último de los cinco dias, se halló como trasformado en otro hombre, respecto á lo que de quince dias atras formaba el argumento de sus mas profundas meditaciones. Habiéndose presentado al maestro, le dijo: « Vuestro discípulo *Chien* ha encontrado lo que buscaba: soy como un hombre que puesto sobre un sitio eminente distingue al paisaje á lo léjos. Veo en la música lo que hay que ver en ella. Con la aplicacion y la constancia he venido á descubrir en la pieza de la antigua música que me habéis dado á aprender la intencion del que la compuso. Me he penetrado ejecutándola de todos los sentimientos de que se hallaba penetrado él mismo al componerla. Me parece verlo, oirlo, hablarle. Me lo represento como un hombre de mediana estatura, de rostro un poco largo, color entre blanco y negro, ojos grandes pero llenos de dulzura; de noble continente; el metal de su voz sonoro; toda su persona respira á la vez virtud, respeto y amor; él es, no tengo duda, el ilustre *Ven-vang*. » — El artista, atónito de la penetracion é inteligencia de su alumno, se le postró delante, diciéndole: « Vos sois un gran sabio; no tenéis que aprender de mí nada mas; yo, mas bien, debo ser discípulo vuestro, y desde este momento por tal me reconozco. »

Despues de haber alcanzado al lado del sabio *Siang* las condiciones de que tenia necesidad para el gran designio de hacerse útil á los hombres presentes y futuros, regresó *Cung-seu* á su patria, resuelto á decidir acerca de la carrera que habia de seguir por el resto de sus dias (tenia entonces treinta años). Examinóse de nuevo maduramente; reflexionó sobre sí mismo; pesó todas las ventajas y los inconvenientes que acompañan á cada estado de la vida civil en particular; pero no permitiéndole el profundo amor que á sus semejantes tenia permanecer indiferente á sus miserias y á los desórdenes de diversas especies en que los veía generalmente sumidos, no titubeó mas, y abrazó la penosa y arriesgada mision de llamarlos á todos á sus deberes, y de trazarles las diversas sendas que conducen á la virtud. Ningun interés fué capaz de detenerlo; en vano amigos y parientes le hicieron reiteradas advertencias para inducirlo á volver á la carrera de los honores y de las dignidades: « Esfuerzos inútiles (les respondia) para hacerme cambiar de resolucion: me mantendré fiel constantemente á ella. Yo me debo indiferentemente á todos los hombres; porque considero á los hombres como componiendo entre todos una sola y misma familia en la cual tengo la mision de instructor. » Desde entonces, no satisfecho ya con dar consejos de sabiduria á aquellos que recurrían á él, convirtió su casa en una especie de liceo ó

de academia, como la de *Atenas*, en donde todo el mundo era bien recibido: prodigaba con efusion de sentimientos instruccion y cuidados; jóvenes y ancianos, pobres y ricos, magistrados y guerreros, vinieron pronto en muchedumbre, unos asiduamente, otros á intervalos, ó á pedirle reglas de conducta para el ejercicio de sus cargos respectivos, ó para hacerse instruir en cuanto hay de mas esencial en la moral, de mas útil en la historia y en la antigüedad, ó en fin para aprender de él el modo de hacerse útiles á la sociedad, sacando partido de cuantos talentos tenian.

No tardó en extenderse la fama del joven filósofo mas allá del *Lu*: los reyes de los pequeños Estados de que entonces se componia la China, se commovieron; el de *Tsi*, cuyo territorio confinaba con el de *Lu*, fué el primero á quien llegó la noticia del mérito extraordinario del descendiente de *Ching-tang*, fundador de la segunda dinastia, y mandó uno de sus grandes á invitarlo á pasar cerca de su persona, como *Dionisio* invitaba á *Platon*, mas por el honor de conversar con un sabio que por aprender de él á administrar bien su reino.

Algun tiempo despues se trasfirió *Cung-seu* á la corte de *Tsi*, acompañado de varias personas que se habian hecho sus alumnos; apénas habia salido de la ciudad, una multitud de jóvenes que deseaban (decian) cultivar la sabiduria, acudieron á reunirsele; no rechazó á ninguno, persuadido de que no tardarian en abandonarlo si tenian para seguirlo otros motivos que los que alegaban. Llegando á los confines del reino de *Tsi*, oyeron el filósofo y su comitiva los gritos de una persona que parecia hallarse en sus últimos momentos, y en breve descubrieron un hombre al pié de un árbol, el cual trataba de estrangularse: los discípulos que llegaron ántes junto á aquel hombre, impidieron el cumplimiento de su resolucion. Habiéndose apeado *Cung-seu* del carro, se acercó al desdichado, y le preguntó con bondad el motivo de su desesperacion. Movidó el incógnito de semejante benignidad, le dijo: « En mi primera juventud no tuve pasion mas fuerte que la de estudiar; despues de haber aprendido lo que en aquella edad puede saberse, el anhelo de saber mas hizo nacer en mí el deseo de viajar; dejé la casa paterna, y recorrí uno por uno todos los reinos que hay entre los cuatro mares. Vuelto á mi patria despues de algunos años, me casé; pero poco despues tuve la desgracia de perder á mis padres sin haber hecho aun nada para cumplir con cuanto les debia. Primer motivo de desconsuelo.

« Al emprender mis viajes, me habia propuesto adquirir la sabiduria estudiando á los hombres. Me persuadí de que luego que hubiese descubierto las causas de donde nacen las virtudes y los vicios de estos, me sería facil elegir aquella en que debiera tomar lo que formaba el objeto de mis deseos. Creime al volver bastante instruido para guiarme yo mismo y